Imprimir

Poco después del 11-S, el teórico de los sistemas mundiales Immanuel Wallerstein advirtió que el declive imperial estadounidense era inevitable. Pero los líderes estadounidenses no quisieron aceptar que sus días de gloria habían quedado atrás, y han gestionado ese declive de la peor manera posible.
Immanuel Wallerstein creía que Estados Unidos podía responder al declive imperial de dos maneras: convirtiéndose en una sociedad más progresista e igualitaria, o inclinándose hacia el neofascismo. Lamentablemente, resulta evidente cuál de estas tendencias predomina hoy en día. (Semaanurbulbul / CC BY-SA 4.0 [recortada])

En julio de 2002, Immanuel Wallerstein apareció en el programa matutino de llamadas de C-SPAN. Acababa de escribir un ensayo para la revista *Foreign Policy* con un título provocador: "El águila ha aterrizado de emergencia". Wallerstein argumentaba que la posición de dominio de Estados Unidos en el escenario mundial estaba en declive.

Mientras pronunciaba sus palabras, había transcurrido menos de un año desde los atentados terroristas del 11 de septiembre y la posterior invasión estadounidense de Afganistán. La administración Bush estaba preparando a sus fuerzas armadas y a la opinión pública estadounidense para la invasión de Irak, que comenzaría en marzo de 2003.

Cabe recordar que George W. Bush era una figura popular en aquel entonces. El índice de aprobación del presidente alcanzó un récord del 90 por ciento el septiembre anterior y se mantuvo por encima del 70 por ciento cuando Wallerstein hizo público su mensaje de declive.

Sin embargo, a Wallerstein debió parecerle precisamente el momento oportuno para intervenir. Llevaba escribiendo sobre el declive hegemónico de Estados Unidos desde principios de la década de 1980. Aun así, en el periodo comprendido entre las invasiones de Afganistán e Irak, seguía creyendo que Estados Unidos tenía la oportunidad de gestionar eficazmente dicho declive.

Wallerstein no creía posible extender indefinidamente el dominio global de una gran potencia. Consideraba que las grandes potencias se vuelven hegemónicas —término que alude a un dominio global sin parangón— debido a factores económicos, políticos y militares que, en última instancia, también provocan su erosión. El declive de la hegemonía estadounidense comenzó mucho antes del 11-S, con la crisis económica de la década de 1970 y la guerra de Estados Unidos en Vietnam.

Para Wallerstein, Estados Unidos se enfrentaba a la disyuntiva de todas las potencias hegemónicas en declive: declinar con dignidad o declinar precipitadamente. George W. Bush optó por lo segundo. Hoy, Donald Trump ha acelerado aún más el declive estadounidense al desplegar agresivamente una de las pocas armas que le quedan a una potencia hegemónica moribunda: su ejército extremadamente poderoso.

Ciclos de hegemonía

¿Por qué estaba en declive la hegemonía estadounidense? Para Wallerstein, la hegemonía estadounidense del siglo XX apenas se diferenciaba de la hegemonía holandesa del siglo XVII o de la británica del siglo XIX. Estas tres potencias (y solo estas tres, según él) alcanzaron la hegemonía aprovechando una ola de fuerzas económicas que no podían controlar del todo y prevaleciendo militarmente sobre un rival. Tras el triunfo, la potencia hegemónica procedió a crear organizaciones a su imagen y semejanza. Los británicos, por ejemplo, se impusieron a Francia y luego crearon el Concierto de Europa en 1815.

Wallerstein no creía que fuera posible extender indefinidamente el dominio global de una gran potencia.

El ascenso de Estados Unidos a la hegemonía comenzó tras la recesión mundial de 1873. Según Wallerstein, la disminución de la participación de Gran Bretaña en los mercados mundiales se debió a Estados Unidos y a su principal rival, Alemania. Estados Unidos se convirtió en un importante productor de acero y, posteriormente, de automóviles, mientras que Alemania se convirtió en un importante productor de productos químicos industriales. El

auge económico de cada país fue precedido por una crisis política interna y una (relativa) estabilización: para Estados Unidos, la victoria de la Unión en la Guerra Civil; para Alemania, la reunificación bajo el liderazgo prusiano tras la guerra con Francia.

Wallerstein entendió las dos guerras mundiales como una guerra prolongada de treinta años entre los rivales. Observó que las Provincias Unidas de los Países Bajos y Gran Bretaña también se volvieron hegemónicas tras guerras que duraron aproximadamente tres décadas (en el caso de los Países Bajos, esto ocurrió después de la Guerra de los Treinta Años original, entre 1618 y 1648).

Tras imponerse a Alemania y a las potencias del Eje en 1945, los líderes estadounidenses creían que necesitaban tres cosas para mantener su prosperidad: primero, clientes internacionales para su producción industrial; segundo, un orden mundial que garantizara el comercio a bajo coste; y tercero, una especie de pacto que asegurara que la producción no se viera obstaculizada.

Washington logró estos objetivos reconstruyendo Europa Occidental y Japón, creando importantes instituciones internacionales como las Naciones Unidas y llegando a una especie de acuerdo con la Unión Soviética. Esta última medida, simbolizada por la Conferencia de Yalta en febrero de 1945, fue para Wallerstein mucho más significativa que la fundación de la ONU dos meses después.

Desde una perspectiva convencional, la Guerra Fría, que abarcó aproximadamente desde 1945 hasta 1991 (para utilizar la medida más extensa posible), fue una contienda entre adversarios estadounidenses y soviéticos. Para Wallerstein, este período se estructuró en realidad en torno a un pacto implícito entre las grandes potencias. La esfera de influencia estadounidense cubría cerca de dos tercios del mundo, mientras que la soviética abarcaba el resto. Cada potencia podía dominar su zona de influencia y utilizar la amenaza de la otra para someter a socios reticentes. El acuerdo de Yalta se impuso mediante un «equilibrio del terror» entre las naciones.

El apogeo de la hegemonía estadounidense se extendió aproximadamente desde 1945 hasta 1970. Como toda potencia hegemónica, Estados Unidos se convirtió en víctima de su propio éxito. Para 1970, Europa Occidental y Japón eran, según Wallerstein, los pares económicos de Estados Unidos. En el proceso de forjar alianzas comerciales, cruciales para el éxito estadounidense de la posguerra, Estados Unidos también se granjeó rivales.

Como todas las potencias hegemónicas, Estados Unidos comenzó a perder su ventaja económica siguiendo el mismo orden en que la había forjado. Primero, pierde su ventaja en la agricultura y la industria. Luego, la pierde en el comercio. Finalmente, la pierde en las finanzas.

También en la década de 1970, la derrota de Washington en Vietnam puso al descubierto la debilidad militar estadounidense y demostró su incapacidad para imponer su voluntad al mundo. Vietnam, escribió Wallerstein, simbolizó el rechazo al orden mundial estadounidense por parte de los pueblos olvidados del mundo, a veces llamados Tercer Mundo, a veces Sur Global. El movimiento independentista vietnamita contra las potencias coloniales (Francia, Japón y Estados Unidos) fue una extensión del movimiento de protesta global que culminó en 1968. Según Wallerstein, «los manifestantes de 1968 no solo condenaron la hegemonía estadounidense. Condenaron la colusión soviética con Estados Unidos, condenaron Yalta», y solo veían «dos bandos: las dos superpotencias y el resto del mundo».

El colapso de la Unión Soviética en 1991, una vez más en contra de la opinión generalizada, fue para Wallerstein un desastre para Estados Unidos, porque perdió a su gran Otro. En un ensayo de 1992, Wallerstein insistió en que la Guerra Fría «no era un juego que ganar, sino más bien un minué que bailar… El fin de la Guerra Fría eliminó, en efecto, el último gran pilar de la hegemonía y la prosperidad estadounidenses: el escudo soviético».

La respuesta de Washington al declive hegemónico ha sido reafirmar su grandeza, tanto en palabras como en hechos, buscando recuperar su posición en el mundo. Pero, como explicó Wallerstein en C-SPAN, “si eres el número uno, no tienes que gritarlo a los cuatro vientos. La gente sabe que eres el número uno. Si tienes que gritarlo, algo anda mal. Algo está

pasando”.

Disparando al mensajero

Los telespectadores de C-SPAN mostraron su descontento con el mensaje de decadencia de Wallerstein. Uno preguntó si ondeaban banderas en el campus de Yale, dada la aparente postura antiestadounidense de Wallerstein. Otro lo acusó de haber evadido el servicio militar durante la guerra de Vietnam, sin percatarse de que Wallerstein había sido reclutado en una etapa anterior de la guerra de Corea. Un tercero se estremeció al pensar en Wallerstein como presidente: «Si un tipo como él gobernara Estados Unidos, Estados Unidos acabaría como un armadillo, hecho una bola, esperando a ser pateado».

Tales expresiones de indignación eran habituales en Wallerstein, quien había escrito sobre el impacto psicológico nacional que el declive hegemónico tiene en quienes lo experimentan. Era un período potencialmente peligroso para la política interna y para los líderes a quienes el público podía recurrir.

En el programa, Wallerstein explicó que él solo era el mensajero y que Estados Unidos se estaba aislando del mundo, no solo de las naciones con las que necesitaba congraciarse, sino también de sus aliados más cercanos. «Si sobreestimas tu poder y te comportas como un matón», dijo, «pierdes más que si entablas un diálogo básico».

El declive no significaba una catástrofe. Históricamente, las potencias hegemónicas no caen muy bajo.

Algunos oyentes consideraron que Wallerstein estaba intentando reformar la política exterior estadounidense. Uno preguntó cómo responder a las acusaciones de antiamericanismo. Wallerstein explicó que intentaba usar la razón. Argumentó que la política exterior estadounidense actuaba en contra de los intereses individuales.

No apelo a tu altruismo, sino a tu egoísmo. Estás provocando un impacto negativo mucho más rápido en Estados Unidos y en tu vida. En cuanto a tu nivel de vida, a tu riesgo de

muerte, a todo lo que defiendes, te irá peor si sigues estas políticas que si cambias de rumbo.

El declive no significaba una catástrofe. Históricamente, las potencias hegemónicas no caen muy bajo.

Aterrizan entre las demás grandes potencias, aunque con mayor bienestar material que la mayoría (basta con mirar a los Países Bajos o al Reino Unido hoy en día).

Además, como escribió Wallerstein en ese ensayo de 1992, el declive podría ser «la mayor bendición de todas». Estados Unidos tuvo la oportunidad de abrazar la moralidad. «Fue Abraham Lincoln quien encendió la mecha moral: "Así como no quiero ser esclavo, tampoco quiero ser amo"».

A principios de la década de 1990, Wallerstein vislumbró dos posibles futuros para Estados Unidos. Uno implicaba el neofascismo, caracterizado por el conflicto social, donde las clases bajas serían víctimas de la brutalidad y los prejuicios. El segundo escenario, más esperanzador, contemplaba una forma de solidaridad nacional a través de la socialdemocracia y el avance hacia el igualitarismo.

Aunque Wallerstein no era propenso a predicciones excesivamente optimistas, creía que el camino igualitario era más probable que el neofascista. Preveía una catarsis derivada de una "tensión social compartida", combinada con la prosperidad económica estadounidense y las nociones populares de libertad, que generaría un movimiento contra los principales aspectos de la "distribución desigual": género, raza y etnia, edad y clase. Consideraba que el impulso de 1968, tras haber perturbado la hegemonía estadounidense y destronado la ideología del liberalismo centrista , conduciría a un movimiento de masas por el progreso.

Wallerstein también se guió por la historia. En los dos primeros casos de hegemonía en la economía mundial capitalista, la holandesa y la británica, el declive hegemónico fue seguido, finalmente, por un movimiento hacia el bienestar y la igualdad. ¿Por qué Estados Unidos debería ser tan diferente?

Sin embargo, Wallerstein también dejó abierta la posibilidad del neofascismo. Si el fin de la Guerra Fría significó el fin del dominio estadounidense sobre dos tercios del mundo, también significó el fin del liberalismo centrista como garante cultural de la economía mundial capitalista. Al menos desde las revoluciones de 1848, el liberalismo centrista había sido la fuerza gravitatoria que mantenía a raya a la izquierda radical y a la derecha conservadora.

El liberalismo centrista prometía la realización de los derechos democráticos y el bienestar económico, no de forma inmediata para todos los pueblos, sino mediante un proceso lento y ordenado que el Estado gestionaría a lo largo de generaciones. Como lo expresó Wallerstein en su libro *El sistema-mundo moderno IV*, el liberalismo centrista era utilizado por «los fuertes para apaciguar el descontento de los débiles». Los individuos fuertes apaciguaban el descontento de las masas débiles, y los estados fuertes apaciguaban el descontento de los estados débiles.

Sin embargo, la ventaja económica de Estados Unidos flaqueó cuando el Sur Global comenzó a rechazar la estructura de poder de Yalta. Tras el desmoronamiento de uno de los principales actores, la Unión Soviética, las masas y los estados, aparentemente débiles, demostraron no serlo tanto. En esta situación, según Wallerstein, «los conservadores volverían a ser conservadores, y los radicales, radicales. Los liberales centristas no desaparecieron, pero su número se redujo drásticamente». Las posibilidades ideológicas eran ahora infinitas.

Tras la Guerra Fría, Wallerstein vislumbró un gran potencial para que el declive de la hegemonía estadounidense fuera acompañado de una redistribución económica interna.

Tras la Guerra Fría, Wallerstein vislumbró un gran potencial para que el declive hegemónico estadounidense fuera acompañado de una redistribución económica interna. Diez años después, el movimiento radical no se había materializado, mientras que los halcones conservadores se habían afianzado en el poder. Buscaban hacer alarde de su poderío militar porque, en su opinión, «si Washington no ejerce su fuerza, Estados Unidos quedará cada vez más marginado».

Pero Wallerstein consideraba que sus acciones tendrían el efecto contrario. Dada la inevitabilidad del declive, la enérgica política exterior de la administración Bush «solo contribuirá al declive de Estados Unidos, transformando una caída gradual en una mucho más rápida y turbulenta».

En retrospectiva, el ensayo y la aparición televisiva de Wallerstein en 2002 constituyeron un intento de desviar a Estados Unidos de su rumbo. Evidentemente, había perdido la esperanza en un movimiento socialdemócrata y ahora centraba su atención en el propio declive del poder hegemónico.

En el verano de 2002, más del 60% de los estadounidenses se mostraba a favor de iniciar una segunda guerra en Irak. La opinión de Wallerstein representaba a un grupo de críticos impopulares pero persistentes. Ante tales críticas, el presidente Bush simplemente señalaba que la historia juzgaría sus acciones.

Hoy resulta evidente que los halcones no pudieron preservar la hegemonía estadounidense ni transformar el mundo de una manera más favorable a los intereses de Estados Unidos. ¿Qué ha ocurrido desde entonces hasta ahora?

Rechazo y negación

El siglo XXI no ha sido favorable para Estados Unidos. Los líderes estadounidenses se han esforzado por recuperar la hegemonía perdida. A medida que el poder económico estadounidense ha disminuido en comparación con el resto del mundo, Washington ha utilizado su ejército para demostrar su fuerza y lograr sus objetivos políticos.

A medida que el poder económico de Estados Unidos ha disminuido en comparación con el resto del mundo, Washington ha utilizado su ejército para demostrar su fuerza.

De hecho, Estados Unidos ha emprendido más intervenciones militares desde 1991 que entre 1798 y 1990. Esta elección fue la estrategia clásica de una potencia hegemónica en declive que se niega a aceptarlo, consciente de su caída, pero sin darse cuenta de que su mejor

opción viable era la gestión adecuada de ese declive.

Estados Unidos no ha hecho del mundo un lugar más pacífico ni próspero, ni ha mejorado la situación de las naciones que ha invadido. En su *obra "Universalismo europeo: La retórica del poder"* (2006), Wallerstein cuestionó la lógica del intervencionismo. La potencia invasora rara vez mejora la situación del territorio invadido, una conclusión confirmada por las aventuras militares estadounidenses en Oriente Medio.

El veredicto de Wallerstein de 2002 bien podría haberse escrito este año (o incluso esta semana). Escribió que Estados Unidos se encuentra en la situación de ser «una superpotencia solitaria que carece de verdadero poder, un líder mundial al que nadie sigue y pocos respetan, y una nación que se desvía peligrosamente en medio de un caos global que no puede controlar». La reacción violenta de los partidarios del Movimiento de los Países Bajos en 1968 que describió provino tanto del Sur Global no alineado como de las masas descontentas en el país. En el siglo XXI, la concatenación que comenzó a nivel del sistema mundial se trasladó rápidamente a la política interna estadounidense, y luego se extendió nuevamente al exterior.

El fin de la Guerra Fría desvinculó el radicalismo y el conservadurismo del liberalismo centrista. Las consecuencias fueron drásticas. Décadas de consenso neoliberal fueron desafiadas por figuras como Donald Trump y Bernie Sanders. Cuando Trump asumió la presidencia —primero en 2017 y de nuevo en 2025— lo hizo como crítico del orden liberal estadounidense.

Sin embargo, la política de «Estados Unidos primero» no ha dado como resultado la reactivación de la producción nacional, la mejora del bienestar social ni la protección de los trabajadores. Por el contrario, el trumpismo se caracteriza por una corrupción masiva y descarada (tanto a nivel nacional como internacional), el militarismo en el extranjero y políticas internas de deportación masiva. Estados Unidos ha seguido aumentando sus compromisos y gastos militares, pero sin un compromiso con el bienestar social interno. Mientras tanto, el optimismo sobre el futuro entre los estadounidenses ha disminuido en

general desde 2013.

En resumen, Estados Unidos ha optado por el camino neofascista que Wallerstein inicialmente consideró el menos probable: conflicto social, brutalidad y prejuicios. Los miembros de las clases altas han intentado aferrarse a sus extraordinarios privilegios y beneficios. En consecuencia, los estadounidenses viven en condiciones más precarias, al día, con menos protección frente a los riesgos de la enfermedad, la edad y la inestabilidad laboral.

En 2026, la guerra de Estados Unidos en Irán resume dos tendencias del declive hegemónico estadounidense. Una es la incapacidad de Estados Unidos para imponer su voluntad a pesar de contar con un ejército extremadamente poderoso. La otra es el descontento del público estadounidense ante un nivel de vida disminuido y una clase dirigente en la que ya no confía.

Como señaló Wallerstein, estos sentimientos de descontento pueden ser poderosos catalizadores de la acción política. Washington podría verse nuevamente sorprendido por acontecimientos globales y nacionales caóticos que escapan a su control.

Gregory P. Williams, profesor asociado de ciencias políticas y relaciones internacionales en la Universidad Simmons de Boston. Su libro, *Contesting the Global Order: The Radical Political Economy of Perry Anderson and Immanuel Wallerstein*, ha sido galardonado como Título Académico Destacado por la Asociación Estadounidense de Bibliotecas.

Fuente: Revista Jacobin